

FUENRAL Y ENTIERRO DE D. LÁZARO RIESCO TURRADO

San Pedro de Rectivía, 4 de junio de 2016

Hermanos:

Nuestro querido hermano sacerdote D. Lázaro Riesco Turrado entregó su alma al Señor en la mañana de ayer, viernes, Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Un día y una fiesta singular en la que la Iglesia nos invita a rezar por la santidad de los sacerdotes. Después de una larga ancianidad le sobrevino la enfermedad que poco a poco lo iba desgastando. Parecía que le iba robando la carne de su cuerpo y la vida de su espíritu. Pero él confiaba en Dios, Padre de la misericordia y Dios de todo consuelo. Atendido magníficamente, con afecto y cariño por su hermana y sobrina, vivió sus últimos días entre el hospital y su casa de Astorga mirando siempre al futuro poniéndose en las manos de Dios.

Los datos biográficos de nuestro hermano sacerdote son muy breves. Nació en Pobladura de Yuso donde recibió los sacramentos de la iniciación cristiana: bautismo, confirmación y eucaristía. Ingresó en el Seminario a muy corta edad y fue Ordenado sacerdote el 20 de mayo de 1948. Ejerció su ministerio sacerdotal al servicio de nuestra diócesis de Astorga durante cincuenta y seis años en las parroquias de Morales del Arcediano, Oteruelo de la Valduerna y Piedralba. Toda una vida entregada y dedicada a estos fieles que lo consideraban como un venerable padre en quien entraban siempre acogida y cobijo.

Don Lázaro fue un sacerdote de un solo destino y una sola parroquia. En su vida sacerdotal encontramos el reflejo de uno de los aspectos del ministerio más importantes. Se trata de la esponsalidad del sacerdote con la Iglesia y en concreto con una comunidad. Desde antiguo, la iglesia mantuvo la norma de dar a los párrocos un nombramiento de por vida. De modo que se establecía una relación casi esponsal entre el párroco y la parroquia. La vida pastoral actual no permite realizar este ideal porque son muchas las parroquias sin párroco y son pocos los sacerdotes disponibles para la atención de tantas parroquias.

Con todo es importante que ni los sacerdotes ni los fieles pierdan la esperanza de tener un sacerdote en cada comunidad de forma prolongada, sobre todo si existe entre ambos una buena relación. Para conseguir esto es necesario pedir insistentemente al Señor que “mande obreros a su mies” para que sirvan a la Iglesia y al mundo la Palabra de Dios, su gracia salvífica en los sacramentos y sean signo de unidad y de amor. Necesitamos sacerdotes para que en cada una de las parroquias, al menos las más pobladas donde existe una comunidad cristiana apostólica y misionera, pueda tener al frente un párroco estable que la convoque en el nombre del Señor y la guíe hacia los pastos de la salvación.

El sacerdote realiza en medio de la Iglesia y al frente de la misma las mismas funciones que Cristo pastor, sacerdote y esposo de la Iglesia. En cuanto esposo Cristo se entregó por amor a los hombres a una muerte y una muerte de Cruz. Esta entrega del Señor no fue un momento sino que permanece en el tiempo, de modo que Cristo siempre se entrega por amor a la Iglesia hasta el final de los tiempos. El sacerdote tiene como misión entregarse al Pueblo que le ha sido confiado de por vida. Una entrega por amor como Cristo. Para realizar esto ha recibido del Señor en el sacramento del orden el mismo amor de Cristo que lo configura con él y lo hace su ministro en medio del Pueblo.

Cuando el Señor dice a los apóstoles en la última cena: Haced esto en memoria mía les está haciendo partícipes de su entrega y por tanto de su sponsalidad permanente con la Iglesia. El sacerdote, como ministro ordinario de la Eucaristía, hace presente en el Pueblo de Dios esa entrega de Cristo para que produzca en las almas de los justos frutos de salvación. Este amor entregado, permanentemente renovado en la eucaristía y en los demás sacramentos, se hace realidad en la espiritualidad del sacerdote que es la caridad pastoral. Un sacerdote, como un buen esposo, tiene que estar pendiente siempre de las necesidades de su esposa. Necesidades espirituales que se resumen en el anhelo de santidad.

D. Lázaro en su vida sacerdotal estuvo siempre pendiente de entregar el amor de Cristo a todos y cada uno de los fieles cuando necesitaban del amor y de la gracia del Señor. Y así por la predicación de la Palabra de Dios mantuvo viva la fe de las parroquias que poco a poco se adentraban cada vez más en el misterio de Cristo. Por la

administración de los sacramentos hizo posible el gran milagro de la gracia divina en cada una de las almas que bautizaba, perdonaba, unguía o alimentaba con el pan de la eucaristía. Por la caridad y la preocupación por los más pobres y necesitados hizo visible el amor de Cristo que no tiene fronteras. D. Lázaro fue un fiel esposo de sus parroquias a las que durante tantos años administró lo que él recibió del Señor y del Espíritu Santo.

Damos gracias a Dios por su vida y ministerio sacerdotales al servicio de la diócesis y pedimos al buen Dios que mire nuestra pobreza y nuestras grandes necesidades pastorales para que su nombre sea conocido y santificado en el corazón y en la mente de nuestros conciudadanos. Hoy, desde el punto de vista humano, me siento apenado y triste por el entierro de dos sacerdotes de nuestro presbiterio diocesano. Pero siento al mismo tiempo confianza en Cristo, esposo de la Iglesia, porque estoy seguro que saldrá en nuestra defensa y nos enviará sacerdotes suficientes para realizar el ministerio apostólico en nuestra diócesis.

Al Corazón Inmaculado de María, cuya fiesta celebramos hoy, encomendamos a los sacerdotes difuntos y en sus manos ponemos también nuestro anhelo de contar con suficientes seminaristas que un día lleguen al sacerdocio y puedan permanecer fieles a sus parroquias durante mucho tiempo como lo hizo D. Lázaro.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga